

muérdame á mí, en conclusión;
que más vale un mordiscón
que estorbos en la cabeza. (Vase.)

ESCENA XI

CRISELIO y LISENO, *cortezanos.*

LISENO.

Sósiégate, señor.

CRISELIO.

Morir, Liseno,
es mejor que vivir desesperado.
Si celos, como sabes, son veneno,
¿cómo podré vivir atosigado?
Dos años ha que sirvo, mil que peno
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y desvelos,
por pagar amor mal, me paga en celos.
Del duque soy de Mántua noble primo,
acrecentar creí su parentesco
con el de yerno. ¡Ay, Dios! ¿cómo reprimo
el fuego riguroso que padezco?
Servile en estas guerras, y al arrimo
del amor que tiránico obedezco,
cuando á Clemencia imaginé por mía,
en lugar de Raquel me dan á Lía.
¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del Duque sea sobrina?
¿qué importa que su dote caudaloso
incline al interés, si á amor no inclina?
Estoy loco, estoy muerto, estoy celoso.
Quien con celos y amor no desatina,
ni siente agravios, ni de veras ama.
¿Enrique con Clemencia, y yo sin dama?
Deja, Liseno, que mi honrada furia
me dé la muerte aquí.

LISENO.

¡Señor!

CRISELIO.

¿Clemencia
del Conde, y yo, villano de Liguria,
quién la lleva cobarde á su presencia?
¿Yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo, que la adoro, yo á casar la llevo?
Esta es traición que contra mí ejecuto.
Perdone el Duque, si por hacer paces,
al Conde da de mi trabajo el fruto.

LISENO.

No des voces, señor, mira lo que haces.

CRISELIO.

Amor venza mi industria, porque astuto
á mi esperanza amante satisfaces.
Yo estorbaré que el conde de Placencia
á Mántua herede, y case con Clemencia.

LISENO.

Ya cualquiera remedio vendrá tarde
pues á este castillo la has traído,
y á Padua ha de llegar aquesta tarde,
donde el Duque y Marqués han concurrido.

CRISELIO.

Siempre falta ocasión al que es cobarde,
y sobra tiempo y dala al atrevido.
Yo haré que en no casarse se resuelva,
aunque la guerra á sus principios vuelva.

LISENO.

Al conde de Placencia está aguardando,
que hasta aquí ha de salir á recibilla,
y si tan presto llega, no sé cuando
podrás á no casarse persuadilla.

CRISELIO.

En un hora se vió Troya abrasando:
sólo un tiro murallas aportilla.

LISENO.

Madama sale.

CRISELIO.

Amor, volando obra,
que á quien valor no falta, el tiempo sobra.

ESCENA XII

DICHOS. CLEMENCIA y CLAVELA, *de camino,* y RAMÓN, *alcaide.*

RAMÓN. De que el Duque sea servido
de honrar esta fortaleza,
señora, con vuestra alteza
notable suerte he tenido.
Presto el conde de Placencia,
llegando aquí gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.
Dichoso pleito, por Dios,
más que la guerra crúel,
pues sentenciado contra él
el fruto goza con vos.

CLAVELA. Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluido.CLEMEN. Sin verle me dan marido.
No sé si mi padre yerra,
pero sé que su hija soy
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA. Hoy, prima, tienes de velle.

CLEMEN. Y también me casan hoy.

¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un día?CRISELIO. (Ap.) Favoreced, dicha mía,
mi mentirosa cautela,
que pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.CLEMEN. Aun más término le dan
de vida á un ajusticiado.

CLAVELA. Tu padre tiene buen gusto.

CLEMEN. Ello es hecho; no hay que hablar.—
¡Oh, Criselio!CRISELIO. Descansar
del camino será justo;
que madrugó vuestra alteza.RAMÓN. Contra el calor que hoy abrasa
no hay defensa en esta casa
mejor que esta baja pieza.
Sale á ese fresco jardín,
y él luego á un bosque que abraza
deleitosa pesca y caza.

CLEMEN. Pasatiempo vuestro, en fin.

RAMÓN. Y deseoso de honrarse
con vuestra hermosa presencia.CLEMEN. Pase del sol la inclemencia
y deje comunicarse,
que por él nos partiremos.RAMÓN. En fe de eso están sus puertas
con vos seguras y abiertas;
que castillo en que tenemos
por huésped á vuestra alteza
cerrarse fuera traición.

CLEMEN. Noble y cortés sois, Ramón.

RAMÓN. Para vos no hay fortaleza.
Dormid, señora, segura. (Vase.)

CRISELIO. (á Clem.) Un poco tengo que hablarte.

CLEMEN. Después.

CRISELIO. Ha de ser aparte.

CLAVELA. (Ap.) ¿Mas qué pedirla procura
que sus bodas regocije
con las mías, que me adora?

CLEMEN. ¿Vaste, prima?

CLAVELA. Adiós, señora.

(Ap.) ¡Ay, si fuese lo que dije! (Vase.)

ESCENA XIII

CRISELIO y CLEMENCIA.

CRISELIO.

No quiero con preámbulos decirte
lo que la prisa impide ponderarte,
pues basta mi lealtad á persuadirte
y el tener yo en tu sangre tanta parte.
Sólo quiero que en premio de servirte,
si mi amor es indigno de obligarte,
hagas de él estimándole más cuenta,
que quien viene de paz á hacerte afrenta.
Entre el duque y marqués de Monferrato,
después de dar en tu favor sentencia
fingido se hizo el amoroso trato
de darte por esposa al de Placencia;
mas él al cielo y á su dicha ingrato,
contra la fe y debida reverencia
al Papa, que en las paces se interpuso,
á vengarse á tu costa se dispuso.
Hoy, que viene por ti, se determina,
forzándote, afrentar tu sangre y casa;
que tanto puede el odio cuando inclina
la enemistad si á descendientes pasa.
No á ser tu esposo viene, ni imagina
tenerte amor, cuando en furor se abrasa,
sino hacer con las paces, fementido,
lo que con tantas guerras no ha podido.
Incítale su padre, que, imprudente,
antepone á la honra la venganza;
y en esta fortaleza ha puesto gente,
porque su alcaide la traición alcanza;
y dándole favor como pariente,
de medrar por infiel tiene esperanza.
Por eso cortesano te recibe,
regalos te hace y fiestas te apercibe.
De buen original sé todo esto:
Fabio, mi hermano, que al de Monferrato
sirvió de capitán, por haber puesto
amistad en los dos el largo trato,

viendo tu honor en riesgo manifiesto,
me escribió este suceso con recato
y temor que el Marqués noticia tenga,
porque con tiempo tu favor prevenga.
Mira lo que has de hacer.

CLEMENCIA.

Criselio amigo,

deudo eres mío; por tu cuenta corre
la honra que á perder vendrás conmigo
cuando esa infamia mi nobleza borre.
De que verdad me dices es testigo
el corazón y el alma, que socorre
con avisos del daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene.
Sin conocer al Conde le aborrezco;
que así con su traición mi desdén cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO.

Defenderla ofrezco.

Enciértrate, señora, en esa cuadra,
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevení una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con quien puedes huir segura.
Si mientras vuelvo llega el falso Conde,
hazte fuerte y da voces, que al instante
seré contigo y con mi gente en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.
La puerta del jardín que corresponde
al bosque y está abierta, es importante.

CLEMENCIA.

¿Avisaré á Clavela?

CRISELIO.

No, señora;

que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA.

¡Oh, Conde fementido!

CRISELIO. (Aparte.)

(Amor, ayuda;

que si á Clemencia venturoso llevo
y aseguro el amor que he puesto en duda,
á ser del Duque sucesor me atrevo.
Mi gente está emboscada, porque acuda
al amoroso robo. Ulises nuevo
me llaman mis engaños y prudencia;
segundo Páris soy.) Adiós, Clemencia. (Vase.)

ESCENA XIV

CLEMENCIA.

De la poca voluntad,
Conde traidor, que te tengo
á sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad
que entre tu sangre y la mía
ha asombrado á Lombardía,
y la costumbre y bajeza,
que en ti es ya naturaleza,
viles pensamientos cría.
Aunque en parte estoy contenta
de tu intención alevosa,
pues me impide el ser tu esposa

Voz. y mi libertad aumenta.
(Dentro.) El Conde viene; dad cuenta á madama.

CLEMEN. ¡Ay, Dios! ¿qué es esto?
Mi peligro es manifiesto y afrenta, pues llegó ya el traidor, que no podrá Criselio volver tan presto. La puerta cerré con llave; mas ¿de qué servirá ¡ay, cielo! si da con ella en el suelo quien dar con las honras sabe? El ánimo, honor, acabe lo que Criselio concierta. Al bosque sale la puerta de éste, y ¿quién duda que por darme el cielo ayuda quiso que estuviese abierta? Por ella dice que aguarde su ya espacioso favor: buscallo será mejor que llorar si viene tarde. Alas da el temor cobarde; si las llevo ¿qué dilato mi partida? Conde ingrato, contra el Marqués que te apoya será imitación de Troya tu Placencia y Monferrato. (Vase.)

ESCENA XV

Sale Otón con un gabán de campo.

Umbrosas arboledas, avárientas al sol, al aire francas, pues le impedís que vuestros troncos dore; fuentes que jamás quedas, rubias arenas entre guijas blancas criáis donde Narciso se enamora, á que os habite y llora me envía el desprecio, si no rehusáis que os acompañe un necio. Ya que letras no entienda en que la gente funda sus caudales, sublima ingenios y establece grados, en vosotros aprenda mi dicha, pues sois libros naturales, por el Abril curioso encuadernados: darán á mis cuidados por fin de mis congojas las aves, plumas; vuestros ramos, hojas. Si de Rosela amante un tiempo la adoré, y en su hermosura fundada la ambición tocó á mudanza, miraréla arrogante en vuestras hojas, flores y frescura, y luego en el invierno mi venganza, que contra la esperanza de la hermosura ingrata trueca el oro de Abril Enero en plata. Dad alivio á mi queja, montes alegres, soledad segura, así jamás os desampare Flora. Mi madre me aconseja que busque mi ignorancia á la ventura, pero ni sé quién es ni adónde mora. Decidme de ella agora,

que es tormento doblado el ser á un tiempo noble y desdichado.

ESCENA XVI

Otón y CLEMENCIA, en zapatillo, huyendo.

CLEMEN. Pastor, vaquero, serrano: si se halla alguna nobleza en tu llana rustiqueza, (que tal vez en el villano se hospeda la cortesía mejor que en la sangre clara), socorre agora y ampara á quien de ti su honor fía. Escóndeme de un traidor que mi deshonor pretende y con la venganza ofende las prendas de su valor. Mira que se acerca aquí quien sólo injuriarme espera. OTÓN. Si la ventura viviera como la nobleza en mí, no me diérais el nombre con que me habéis injuriado; pero soy tan desdichado que aun no merezco ser hombre. ¿Qué temor os acompaña? ¿el que os agravia quién es?

CLEMEN. Yo te lo diré después. Si tienes casa ó cabaña, en ella esconder procura á quien un traidor asalta, que podrá ser, si te falta como dices, la ventura, que por mí seas dichoso. OTÓN. No me obliga el interés: noble soy y soy cortés, aunque á las letras odioso. Una granja está aquí cerca de un padre, que por castigo de que el estudio no sigo, que ni se hereda ni merca, en este traje me ha puesto. Tiene condición terrible, y si os ve, será posible que os maltrate, descompuesto, sospechando si allá os llevo lo que en los años prolijos culpan en los mozos hijos. Mas, venid, que yo me atrevo, vistiéndoos de labradora, de manera disfrazaros, que cuando intente agraviaros quien la ley de noble ignora, pague al valor que me esfuerza la traición con que os asalta; que á quien el ingenio falta le suele sobrar la fuerza. Venid, que harta dicha ha sido la que ya me favorece, pues defenderos merece.

CLEMEN. La que contigo he tenido te ofrece, pues generoso quieres defender mi agravio, hacerte, ya que no sabio, por la menos venturoso.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen GRIMALDO y OCTAVIA.

GRIMALD. Yo le haré que tenga seso, pues no le puedo hacer sabio: ¿tras ignorante, travieso?

OCTAVIA. ¡Grimaldo!
GRIMALD. ¡Con buen resabio ha salido! Estará preso, vive Dios, hasta que olvide las pasiones que ha trocado por las letras que despide. ¡Bueno! ¿Otón enamorado cuando en el campo reside? ¿Mujercillas en mi quinta?

OCTAVIA. Esta es una labradora, no cual vuestro enojo pinta.

GRIMALD. Echalda, Octavia, en mal hora, ó la que traigo en la cinta, dándola de espaldas azos mi cólera amansará. ¿Qué mucho si en tales lazos gasta el tiempo cuando da al amor torpes abrazos, que ni lo que estudia sepa ni haga cosa de valor? No hallo yo pecho en quien quepa el estudio y el amor, que de la virtud discrepa. La torpeza no conserva letras con que el sabio viva, de los vicios contrayerba, que si Venus es lasciva, por eso es virgen Minerva. ¡Bien en la quinta se emplea! Con tan buenos cartapacios estudiando en el aldea, olvidará los palacios que el ocioso amor pasea. No me repliquéis, Octavia; preso ha de estar; despedid esa mujer si sois sabia.

OCTAVIA. Desenojáos y advertid si Otón con ella os agravia, y castigalde después que lo hayáis averiguado.

GRIMALD. ¡Que siempre en las madres es el amor desatinado!

OCTAVIA. Como no hay otro interés que premie lo que nos cuesta un hijo, sino el amor, más sus fuerzas manifiesta.

GRIMALD. ¿Queréis indicio mayor de la afición deshonesto que Otón tiene á esa mujer? Pues advertid el cuidado con que vive desde ayor que en casa se ha acomodado, que yo he procurado ver si á solas se hablan, y han sido tantas las muestras y tales de amor, que me han persuadido á que en lazos desiguales

se han de casar, si no impido este desatino luego.

OCTAVIA. ¿Vos lo visteis?

GRIMALD. Yo, que sé las propiedades del fuego, que aunque de lejos se ve, da luz y es para sí ciego. Por eso en el fuego ha puesto amor su esfera; y así despedida, Octavia, presto, y dejadme hacer á mí, que yo me entiendo.

OCTAVIA. ¿Qué es esto?

ESCENA II

DICHOS, y salen el conde ENRIQUE, el Duque, viejo, CRISELIO, CLAVELA, ROSELA, CÉSARO y RAMÓN, todos de camino.

DUQUE. (Al Conde.) Si con alguna traición no provocáis mi paciencia, mirad, conde de Placencia, que usáis mal de la ocasión que el cielo da á vuestras paces. ¿Qué es de Clemencia, que en ella mi vida estriba?

CONDE. A perdella los sentimientos que haces, gran señor, no son tan grandes como los que quien ignora esta desdicha y la adora ha de padecer. No mandes impedirme de esa suerte la ventura que intereso; que habrá de costarme el seso, si no me cuesta la muerte la pérdida lastimosa de su adorada belleza.

CRISELIO. Conde, en vuestra fortaleza estuvo Clemencia hermosa. Para la amorosa entrega de estas paces la llevé y en la cuadra la dejé, que su depósito niega. Hallar la puerta cerrada y abierto el falso jardín del bosque, si no es á fin de alguna traición pensada, no sé lo que conjeture.

DUQUE. El alcaide es deudo vuestro; y como en ardid diestro, no me espanto que procure en mi agravio la venganza que posponéis al amor.

RAMÓN. Yo nunca he sido traidor.

CONDE. Ni mi burlada esperanza se persuadirá jamás á que de industria no haces, para deshacer las paces, que eternas fueran de hoy más, Duque, aqueste estratagemá; que estarás arrepentido, que siendo yo su marido peligros de amor no tema; y para que no la goce la habrás mandado esconder.

- DUQUE. Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce.
Y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto,
Conde, vuestra guerra fiera
que me obligue á compromisos
ni á usar de tales engaños.
- CONDE. Truecan los maduros años
faltas de esfuerzo en avisos;
é intentaréis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
Duque, y en vuestro poder
mientras se sabe quien es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia.
Veremos si mi interés
ó el vuestro queda culpado.
- DUQUE. Soy contento.
- RAMÓN. ¡Gran señor!
- CRISELIO. (Ap.) ¿Qué es esto, confuso amor?
¿Cómo os me habéis malogrado?
Mientras por mi gente fui
y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdi.
Pero un consuelo me queda,
y es que no la gozará
el Conde, ni amor querrá
que mal ni industria suceda.
- CÉSARO. (Ap.) Mi dicha se desbarata
si Clemencia no parece;
que el Duque que favorece
mis letras y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el Marqués de mí hará caso.
- ROSELA. (Ap.) Con mi desdicha me caso
si no me vengo á casar
con el Conde imaginado.
- CLAVELA. (Ap.) Si mi prima falta, cielos,
aunque sosieguen los celos
que ella y Criselio me han dado,
como el Duque no sosiegue
¿qué gusto podré tener?
- GRIMALD. ¿Qué causa ha podido haber
para que á mi quinta llegue
ansi el Duque alborotado,
con el conde de Placencia?
- OCTAVIA. Si no parece Clemencia,
bastante ocasión le han dado.

ESCENA III

DICHOS, y sale CLEMENCIA en traje de pastora.

- CLEMEN. Pues los cielos te han traído,
padre invictó, Duque justo,
á esta quinta, asilo sacro
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
enlazar cuellos pretendas
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades,
desde tus padres augustos,

al marqués de Monferrato
dan tiranos atributos;
que los odios que se heredan
(cual muestran ejemplos muchos
han menester Alejandro
que desenlacen sus nudos.
La autoridad sacrosanta
del Papa, que se interpuso
entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo;
qué no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
sólo de verlos desnudos;
pero, prudente y piadoso,
armas á libros redujo,
asaltos á tribunales,
guerras á pleitos confusos;
criminales competencias
á civiles estatutos,
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por ti la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo
que estableciendo amistades
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas:
¡necio arbitrio, aunque seguro!
Concertadas ya mis bodas
y reducidos al culto
del amoroso Himeneo,
á celebrallas me trujo
Criselio, á una fortaleza
donde el engaño dispuso
que saliese á recibirme
el conde Enrique, perjuro.
Dejáronme en una cuadra
en que, obediente á tu gusto
y rebelde el mío (que amor,
en fe que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no ve, no da tributo
porque es más sordo que ciego)
estaba haciendo discursos,
ya en pro, ya en contra, hasta tanto
que venció el cansancio, y pudo
rendirme á pesar del miedo
en brazos del sueño mudo.
Soñando estaba verdades
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardín (que si da fruto
debe de ser en traiciones)
el Conde, París segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un nudo
á la boca que intentaba
obligar al favor justo,
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que sin alas
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,

y díjome: «Ansi procuro
vengar antiguos agravios
mientras que tu honor injurio.
No letrados con sobornos
piense tu padre caduco
que quieten enemistados
sentenciando en favor suyo.
A la fuerza de tu honor
violentamente reduzgo
el tálamo que esperabas,
vuelto en afrenta su yugo.
Con deshonrarte me vengo
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que es la que ha tanto que busco.»
Dí voces, pidiendo al cielo
rayos, que siendo verdugos
contra tiranas ofensas,
mi honor dejasen seguro.
Oyólas un labrador,
en cuerpo y traje robusto,
puesto que noble en los hechos,
á quien mi vida atribuyo,
que con un tosco bastón,
despojo de un roble duro,
contra el bárbaro atrevido
sirvió á mis quejas de escudo,
y sin temer los traidores,
cobardes, puesto que muchos,
testigo de sus hazañas,
hizo los montes incultos.
Huyó el tirano afrentado,
siendo testigo su insulto,
que no hay valiente traidor;
pues tantos temblaron de uno,
y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restauración de mis gustos,
y asegurando recelos
de Grimaldo, padre suyo,
me vistió de labradora,
lenguas enfrenando al vulgo.
De este modo, gran señor,
desde ayer ocasión busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.
Si el torpe disimulado
negallos intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.
Escarmienta desde hoy más,
y de enemigos perjuros
no te fies otra vez
cuando aborrecen por uso;
que ni al río has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos.
La enemistad heredada,
si á mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza.
Con el presente te arguyo:
armas, valor y honra tienes;
vuelva el acero desnudo
á dar filos á tu agravio,
á asaltar traidores muros,

que primero que me obligues
á su aborrecido yugo,
dándome muerte violenta
cubriré á Mántua de luto.

Duque.

Bárbaro Conde, ¿qué disculpa tienes,
que á descargarte de este insulto baste?
¿Armado á celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste;
que pues defensa á tu traición previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no ignoras
que en fiestas, armas son siempre traidoras.
¿Lo que con tantas guerras no has podido,
intentas con traiciones, y blasonas
de ilustre, de cortés y bien nacido?
A tus armas añade esas coronas.
Con el Papa y con Dios tengo cumplido.
Tú mismo, contrario traidor, pregonas
la guerra en que ha de ser mortal retrato
de Roma por Nerón tu Monferrato.
¡Viven los cielos y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,
y amparando traidores crece y medra!
Habitará cuando la derribe,
en vez de gente, solitaria yedra,
que siempre verde en fe de tu castigo,
de mi justa venganza sea testigo.
Vete á tu padre, como tú, engañoso,
y podráse decir cuando le avises
de tu intento burlado y cauteloso,
que deje engaños para el griego Ulises,
y que si sale al campo belicoso,
las hierbas teñiré que huyendo pises,
con más copia de sangre que dió Italia
á los trágicos campos de Farsalia.

Conde.

A no saber que con tan vil engaño
de darme á tu Clemencia arrepentido,
tus embustes reduces en mi daño,
con aquea mentira prevenido,
fácil pudiera darte el desengaño;
y de mi amor honesto persuadido,
mostrar quien causa aquea trato doble,
quien su sangre envilece y quien es noble.
Mas el amor con que es razón estime
á madama Clemencia, cuya mano
pensé gozar, mi cólera reprime,
que siempre amor es cuerdo y cortesano.
Injuria mi valor, quejas intime
de que inocente estoy, llámeme en vano
corsario de su honor, que en su decoro
no podré decir más de que la adoro;
y que pues niegas, Duque, al juramento
la obligación y paces ya quebradas,
no descortés, pero injuriado intento
hacer que á mi valor te persuadas,
los tafetanes lisonjeando al viento,
brillando al sol las hojas aceradas,
dando voces las cajas, mi justicia
publicarán mi amor y tu malicia.

(Vase.)

1 Hartzenbusch modificó así este verso:
Como contrario, tú, traidor, pregonas.

ESCENA IV

DICHOS, menos el conde ENRIQUE.

- DUQUE. ¿Adónde está el labrador de nuestra honra defensa?
- CLEMEN. Ese nombre le hace ofensa, que es caballero, señor. El dueño de aquesta quinta, noble, aunque pobre, es su padre; y su generosa madre Octavia, que en Otón pinta como en imagen el ser de su heredada nobleza.
- GRIMALD. Denos los pies vuestra alteza.
- DUQUE. ¡Oh, Grimaldo! el conocer quien éradés me impidió del Conde el villano agravio. Ya sé que sois noble y sabio; pero ¿qué cosa os movió á vestir en tosco traje á Otón, si es vuestro heredero?
- GRIMALD. Tiene el ingenio grosero siendo ilustre su linaje. Quisiera que se aplicara á las letras, y valiera por ellas; mas de manera la fortuna le fué avara, que en un año no ha podido sus principios alcanzar, y quisele castigar, de su ignorancia ofendido, con tenerle retirado aquí donde oculto asista y el traje grosero vista con su ingenio conformado, que quien no sabe ser hombre no es bien que con hombres viva.
- DUQUE. No en sola la ciencia estriba, Grimaldo, el glorioso nombre que ilustra un hidalgo pecho; que si todos sabios fueran poco las armas valieran que tantos reyes han hecho. Providencia es celestial que conserva el universo el dar natural diverso y distinto á cada cual. Por eso son las estrellas tantas, porque á los mortales den distintos naturales, naciendo en los climas de ellas. Y pues no está en la elección del hombre la facultad que pretende, á Otón dejad que siga su inclinación. ¿Dónde está?
- GRIMALD. Téngole preso por lo que si yo no fuera cruel, premio mereciera.
- DUQUE. Imprudente andáis en eso. Id por él, que he de premialle, pues en fin le soy deudor cuando menos del honor.
- (Vase Grimaldo.)
- CÉSARO. Ya yo comienzo á envidialle.
- ROSELA. Y yo, hermano, á arrepentirme de haberle menospreciado.

- CRISELIO. (Ap.) Los sucesos que he escuchado han venido á persuadirme que el engaño que fingí con Clemencia fué verdad. ¿Si en fe de la enemistad del Conde, mientras sali por mi gente, al bosque entró el Conde y robó á madama? Pero, pues, ella le infama y Otón ayuda le dió, ¿qué hay que dudar? Suerte mía, mi dicha profetizasteis; ayer mintiendo acertasteis. Sosegad, sospecha fría, que, pues ya se desbarata la amistad y el casamiento del Conde, á mi honesto intento no será Clemencia ingrata.
- CLEMEN. (Ap.) Lo que Enrique intentó hacer dije anticipadamente: industria ha sido prudente; aborrezco, y soy mujer. Destruyase Lombardia, y no destruya mi honor quien se casa sin amor.
- OCTAVIA. (Ap.) Será Otón desde este día, aunque incapaz de saber, por modo extraño dichoso; que para ser venturoso poca ciencia es menester.

ESCENA V

DICHOS. Salen GRIMALDO y OTÓN, con gabán.

- GRIMALD. Este es, gran señor, mi hijo.
- DUQUE. Otón, mucho os soy á cargo. De vuestro aumento me encargo: por capitán os elijo de esta guerra, que mi honor por vos tan bien defendido, contra el Conde fementido espera en vuestro valor; pues si solo y desarmado le hacéis huir y temer, mejor le sabréis vencer de mi gente acompañado.
- OTÓN. Aunque no tengo experiencia en el marcial ejercicio, el ser en vuestro servicio y de madama Clemencia suplirá cualquier defecto que haya, gran señor, en mí. Pero ¿yo cuándo vencí al Conde?
- DUQUE. Querréis, discreto, disimular el afrenta de quien vencido se ve por vos. Todo el caso sé, y el premio queda á mi cuenta.
- CLEMEN. Lo que en mi ayuda habéis hecho no es encubrirlo razón. El disimularlo, Otón, (Aparte á él.) os ha de ser de provecho. Yo vuestra dicha procuro; daos por entendido ya.

- DUQUE. La guerra otra vez está declarada, y yo seguro, pues vais de mi parte vos, y el Conde es vuestro vencido.
- OTÓN. (Ap.) ¿Qué es esto, cielo?
- DUQUE. Cumplido tengo con el Papa y Dios. Pues Enrique desbarata las paces que romper quiero ¹, y haciéndole mi heredero afrontar mi sangre trata, nadie culpe mi venganza si castigo á un desleal. Otra vez sois general, Criselio.
- CRISELIO. La confianza, gran señor, que de mi hacéis castigaré al Conde ingrato destruyendo á Monferrato.
- DUQUE. Con vos quiero que llevéis, primo, por acompañado á César, que es espejo de Italia, y con el consejo de tan famoso letrado, vuestro esfuerzo y su prudencia juntas harán extremada, en vos, primo, con la espada, y en César con la ciencia.
- CÉSARO. Yo procuraré, señor, sacándote verdadero trocar libros por acero, reconociendo el favor de que la lealtad escojas que en mi amor tus ojos ven. Libro es la guerra también; las espadas son sus hojas. Pues sois en las unas sabio, sed en las otras valiente. Tinta es la sangre caliente, con ella escribid mi agravio; y pues por mí sentenciasteis y mi justicia entendéis, id y mostrad que sabéis defender lo que estudiasteis; que si volvéis con victoria, por letrado y capitán Marte y Minerva os darán laurel de eterna memoria.
- CÉSARO. Beso tus pies.
- DUQUE. Vuestra hermana queda á cargo de Clemencia. Si del conde de Placencia la soberbia humilláis vana, un título la dará mano de esposo.
- ROSELA. En la vuestra, gran señor, mi dicha muestra que toda mi dicha está.
- DUQUE. Á Otón, Criselio, os encargo: ya sabéis lo que le debo.
- CRISELIO. Seguro voy, pues le llevo en mi ayuda y con tal cargo.
- DUQUE. Grimaldo, el término es mio

- de toda aquesta comarca. Cuanto en dos leguas abarca esta sierra, valle y río, os doy, para que juntéis á vuestra quinta esta hacienda. Jamás tus canas ofenda el tiempo.
- GRIMALD. Esto le debéis á Otón, y más lo que intento hacer por su intercesión con vosotros.
- DUQUE. A este Otón temo ya.
- ROSELA. (Ap.) Que medre siento.
- DUQUE. Vamos á Mántua, de donde salgáis armados los tres para postrar á mis pies la ingrata cerviz del Conde.
- CLEMEN. Yo quedo alegre y vengada.
- CLAVELA. Yo celosa y no segura.
- OCTAVIA. Hijo, sigue la ventura que Dios te tiene guardada.
- (Vanse; quédase Otón y sale Gilote.)

ESCENA VI

OTÓN y GILOTE.

- GILOTE. Diz que vais por capitán del duco, Otón.
- OTÓN. ¡Oh, Gilote! es verdad.
- GILOTE. Si mi capote (el que os dí cuando en gañán, de escolar os hizo ser vuestro padre) no hace al caso, pues que vistiéndoos de raso ya no le habréis menester, volvédmele, que no me hallo, si he de hablar verdad, sin él. Tres varas tién de buriel; abrigame, y he de honrallo con mi buena compañía, ó sino pagadmelé.
- OTÓN. Vente conmigo y te haré hombre.
- GILOTE. ¡Bueno! ¿Eso sería hombre? ¿Pues soy yo mujer?
- OTÓN. No es hombre quien de su tierra no sale. Prueba en la guerra tu esfuerzo.
- GILOTE. ¿Y qué me heis de her?
- OTÓN. Irás conmigo, y si fueres valiente, cabo serás de escuadra.
- GILOTE. ¿Cabo y no más?
- OTÓN. Conforme lo que valieres. Hasta alcanzar la jineta te ayudaré.
- GILOTE. El cargo alabo. Llevadme por vuestro cabo, seré cabo de agujeta. ¿Y qué hemos de her allá?
- OTÓN. Matar á los enemigos.
- GILOTE. Y si hav proceso y testigos el alcalde me ahorcará.

¹ Alteró Hartz enbusch con acierto, este verso así: las paces que con él quiero.